

## EL CONCILIO DE JUAN XXIII EN LAS MEMORIAS DEL CARDENAL SUENENS

### I. INTRODUCCIÓN: EXTRACTO DE UN LIBRO DE MEMORIAS

León Joseph Suenens (1904-1996) se resistió repetidas veces a escribir sus *memorias*. Unas veces, razones de pudor personal, y otras, razones de prudencia, se lo fueron desaconsejando. Finalmente, optó por dejarse llevar libremente por los *recuerdos* de una dilatada vida que había comenzado el 16 de julio de 1904 en Ixelles (Bruselas). La celebración del Concilio Vaticano II (1962-1965) ocupa el centro de esta autobiografía que ha recibido el título de *Souvenirs et esperances*<sup>1</sup>. Este rosario de recuerdos –según la imagen empleada en el Prefacio– se adentra hasta finales de los años ochenta. El mismo ha dejado fuera de consideración su actividad pastoral ordinaria en el plano nacional belga para centrarse en su actuación en la Iglesia universal. En 1961 fue nombrado arzobispo de Malinas-Bruselas y, al poco tiempo, cardenal. Juan XXIII, con quien mantuvo una relación particularmente estrecha y cordial, lo eligió para la Comisión Preparatoria Central del Concilio. Pablo VI lo escogió como uno de los cuatro moderadores. Sin duda desempeñó un papel capital en el concilio. Su sucesor en la sede de Malinas-Bruselas, el

---

<sup>1</sup> L. J. cardenal Suenens, *Recuerdos y esperanzas*. Traducción de Miguel Montes. Edicep (Valencia 2000) 390 pp.

cardenal Danneels, hizo públicas estas palabras del Papa Juan Pablo II durante una celebración de despedida: «El cardenal Suenens ha ejercido un papel decisivo durante el Concilio Vaticano II y la Iglesia universal le debe mucho»<sup>2</sup>.

Las *memorias* de Suenens han interesado a los historiadores en la medida que aportan datos útiles para esclarecer la dinámica de la asamblea conciliar. A ellos acude, por ejemplo, la reciente *Historia del Concilio Vaticano II* dirigida por G. Alberigo. Estas páginas pretenden, por su parte, sacar a la luz la lógica interna de una vida profundamente implicada en la celebración, desarrollo y devenir ulterior del Concilio de Juan XXIII. Quieren facilitar, asimismo, una remembranza del acontecimiento conciliar al hilo de estas palabras:

«En torno al Concilio reinaba una atmósfera difícil de describir a quienes no vivieron las sesiones. El Concilio, antes de ser un conjunto de textos discutidos, examinados con lupa y votados por la práctica unanimidad en lo que se refiere a los textos mayores, fue un acontecimiento. Fue un soplo del Espíritu Santo, un soplo de renovación y, al mismo tiempo, un encuentro fraterno entre obispos del mundo entero»<sup>3</sup>.

Además, estos *Recuerdos y esperanzas* abarcan no sólo «los años conciliares», sino también la etapa posconciliar, «siguiendo las huellas del Concilio». Permiten, en este sentido, una visión panorámica de la Iglesia posconciliar que llega casi hasta nuestros días. Varios son, pues, los aspectos que desea reflotar este extracto de un libro de *memorias*. En primer término, la decisiva aportación del cardenal Suenens de cara a la realización misma del Vaticano II bajo Juan XXIII (1962-1963) y bajo Pablo VI (1963-1965). En segundo término, rastreamos la estela histórica del acontecimiento en el tiempo posconciliar a través de la actividad, eminentemente ecuménica, desplegada por el cardenal, así como su valoración de las realizaciones y de las expectativas que el Concilio dejó abiertas. Entre líneas emerge, finalmente, la personalidad de Roncalli y su amistad con Suenens. Aquella amistad comenzó a fraguarse con la simpatía que despertó en el Papa

---

<sup>2</sup> Ibid., 338.

<sup>3</sup> Ibid., 158-159.

la primera carta pastoral del arzobispo de Malinas, cuyo título era una pregunta: «¿Qué esperaréis del Concilio?»<sup>4</sup>.

## II. EL PLAN SUENENS PARA EL CONCILIO DE JUAN XXIII

«La iniciativa de Juan XXIII de convocar un Concilio sorprendió a todo el mundo, empezando por los cardenales de la curia, reunidos en San Pablo Extramuros, a quienes había reservado las primicias de su decisión». Esta «sorpresa» tuvo lugar el día 25 de enero de 1959, con ocasión de la clausura de la semana de oración por la unidad de los cristianos. Suenens relata la confidencia que le hizo el papa acerca de la reacción de dos personas muy allegadas. Por un lado, Juan XXIII sometió su «inspiración» a Mons. Tardini. Esta conversación había tenido lugar el 20 de enero. De él obtuvo una reacción positiva. Su secretario personal, Mons. Loris Capovilla, reaccionó con más extrañeza ante la empresa aventurera y descomunal que se trazaba aquel papa demasiado viejo, pero que se decía a sí mismo: «Cuando se cree haber recibido una inspiración del Espíritu Santo, hay que seguirla: lo que pase después no cae bajo nuestra responsabilidad»<sup>5</sup>.

Esta misma sorpresa alcanzó al episcopado universal que recibió una carta de Juan XXIII en la que solicitaba sugerencias para el futuro Concilio. El resultado de aquella consulta se vio enriquecido con las respuestas de los superiores mayores de órdenes religiosas y de las universidades de todo el mundo. Comenta el cardenal, con cierta sorna, el uso que ha hecho de aquel imponente conjunto de diecisiete gruesos volúmenes: cuando recibía la visita de algún obispo extranjero de paso por Malinas consultaba el modo de pensar del visitante antes del Vaticano II. Su impresión general sobre los *vota* de los obispos es la que hoy confirman los historiadores del Concilio: «los deseos de reforma eran más bien de

---

<sup>4</sup> Ibid., 110.

<sup>5</sup> Ibid., 71. L. Capovilla también ha narrado su recuerdo de esta conversación, añadiéndole —dice Suenens— «una nota espiritual más íntima». Cf. «Come nacque il concilio di papa Giovanni»: *Il Regno. Documentazione*, 15 de febrero de 1969.

orden canónico y litúrgico, y que el viento renovador de Pentecostés no sopla a ráfagas»<sup>6</sup>.

#### A) El mensaje radiofónico del 11 de septiembre de 1962

Suenens plantea la pregunta que sigue atribulando a los estudiosos de la figura de Roncalli: «¿Hay que decir que Juan XXIII había abierto el Concilio sin ningún plan preestablecido?». El cardenal de Malinas responde con un rotundo no. Su respuesta se apoya en el discurso radiofónico pronunciado por el Papa en septiembre de 1962, justo un mes antes de la apertura del Concilio. Considera que ahí está trazado el programa del Concilio como un examen de conciencia relativo a la fidelidad ante el mandato del Señor: «Id, llevad el Evangelio a toda criatura y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos». Piensa Suenens que este pasaje evangélico era «el resumen de su pensamiento». En aquel discurso habló de la Iglesia como tema central: «la Iglesia por dentro y la Iglesia por fuera»<sup>7</sup>. Unas páginas más adelante, después de referirse a la apertura del Concilio y a los primeros forcejeos en el Aula conciliar, vuelve a resaltar el significado de aquel radiomensaje:

«*L'Osservatore Romano* del 12 de septiembre de 1962 introdujo el Concilio con el título '*Ecclesia Christi, lumen gentium*'. Juan XXIII presentaba el futuro Concilio en continuidad con la orden del Señor: *Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado* (Mt 28, 19-20). Estas palabras constituían los temas mismos del plan, y el discurso del Santo Padre hacía suya asimismo la distinción propuesta entre la Iglesia *ad intra* y la Iglesia *ad extra*, que constituía la bisagra del plan»<sup>8</sup>.

El cardenal se está refiriendo al plan concebido por él mismo para el Concilio a instancias de Juan XXIII. La impor-

---

<sup>6</sup> Ibid., 72. Cf. Kl. Schatz, *Los concilios ecuménicos. Encrucijadas en la historia de la Iglesia* (Madrid 1999) 257-259. E. Fouilloux, «La fase preparatoria (1959-1960)», en: G. Alberigo (coord.), *Historia del Concilio Vaticano II*, vol. I (Salamanca 1999) 98-143.

<sup>7</sup> L.J. cardenal Suenens, *cit.*, 73.

<sup>8</sup> Ibid., 90.

tancia de este radiomensaje ha sido subrayada por los biógrafos de Roncalli<sup>9</sup>. P. Hebblethwaite recuerda que este discurso ofrece una visión del futuro Concilio que se desmarca de los esquemas preparatorios ya elaborados, recogiendo la distinción hecha por Suenens entre la Iglesia *ad intra* y *ad extra*. El historiador norteamericano asume el juicio de H. de Riedmatten que, en 1967, había afirmado que el discurso radiofónico estuvo «inspirado en gran parte» por el cardenal Suenens, constatando al mismo tiempo que «todos los intentos hechos para conseguir que el cardenal comentase este pasaje han resultado fallidos»<sup>10</sup>. Veremos que los *Recuerdos y esperanzas* han venido a llenar esta laguna. El papa se ha servido muy libremente de las ideas de Suenens. ¿Cuáles eran las líneas maestras del plan? ¿Cómo ha surgido? Antes de exponer su contenido, recreemos el trasfondo y los primeros compases del acontecimiento conciliar.

### *B) La tendencia curialista y la tendencia colegial*

El plan Suenens se abre paso entre las dos tendencias que se confrontan desde muy pronto en el seno del Concilio. Ya anteriormente, como miembro de la Comisión Preparatoria Central, el recién nombrado arzobispo de Malinas y cardenal había avisado de la incomodidad que en algunos obispos habían producido los esquemas preparados<sup>11</sup>. El 11 de octubre de 1962 tuvo lugar la jornada inaugural del Concilio. La apertura de los trabajos registra un notable incidente que será decisivo para la suerte de la asamblea conciliar: la intervención de los cardenales Liénart y Frings para que fuera el Concilio mismo quien fijara la elección de los miembros que iban a formar parte de las comisiones conciliares. La lista elaborada por la Curia romana fue rechazada. Por contra, la propuesta de aquellos dos cardenales fue acogida con una ovación general de la asamblea. El cardenal interpreta aquel hecho en estos términos: «el Concilio, en

---

<sup>9</sup> Véase: P. Hebblethwaite, *Juan XXIII, el Papa del Concilio* (Madrid 2000) 541-543. K. Wittstadt, «En vísperas del Concilio Vaticano II (1 de julio a 10 de octubre de 1962)», en: G. Alberigo, *cit.*, 401-407.

<sup>10</sup> Hebblethwaite, *cit.*, 543.

<sup>11</sup> L.J. cardenal Suenens, *cit.*, 66.

cuanto tal, iba a afirmar de inmediato su identidad teológica y pastoral propia, reivindicando el derecho a determinar, por libre elección, la composición misma de las comisiones que iban a repartirse el trabajo»<sup>12</sup>.

Los *recuerdos* de Suenens se adentran en la primera sesión de trabajo con Juan XXIII. El papa recordó la tarea que asignaba a cada uno de los diez cardenales que debían presidir por turno las sesiones conciliares. Roncalli subrayó de nuevo el «espíritu positivo y pastoral» del Concilio y repartió una nota del cardenal Bea en la que llamaba la atención sobre la repercusión ecuménica a la hora de elaborar los documentos. Se trataba de una nota que el autor había enviado previamente al cardenal Döpfner y a Suenens. El desarrollo de la conversación adquirió un sesgo ecuménico. El cardenal de Malinas, por su parte, solicitó que el Concilio se concentrara en torno a un tema central que evitara la dispersión en cuestiones secundarias. De modo que, a sugerencia del cardenal Confalonieri, recibió el encargo de redactar una nota en este sentido. Suenens aceptó de buen grado, pues ello coincidía con su misma preocupación de trazar un plan preciso, concreto y operativo al Concilio. El texto de esta nota fue transmitido a los miembros del Consejo con el título «*De fine concilii et de mediis ad finem consequendum*»<sup>13</sup>.

En aquella sesión de trabajo Suenens ha preguntado directamente al papa: ¿por qué ha puesto a la cabeza de las comisiones conciliares a los prefectos de las congregaciones romanas? Barruntaba en ello una traba para la libertad de trabajo y discusión. La respuesta de Roncalli, teñida con una sonrisa, sonó así: «*Ha ragione lei, ma mi ha mancato il coraggio*»<sup>14</sup>. Al final de aquella sesión de trabajo, los miembros han recibido una fotocopia del texto o plan Suenens. Su autor refleja en breves pinceladas la primera impresión de aquellos personajes que van a marcar el ritmo del Concilio: Cicognani le había decepcionado, «visiblemente más conservador que el papa»; en Siri percibe el obstáculo mayor; mientras que percibe una gran sintonía con Döpfner y Montini; el futuro papa –anota– está «más interesado por el aspecto

---

<sup>12</sup> Ibid., 74.

<sup>13</sup> Ibid., 77.

<sup>14</sup> Ibid., 77.

«Iglesia *ad extra*» que por la «Iglesia *ad intra*». Se estaba formando el trío Döpfner, Suenens, Montini. En esta primera reunión no se hallaba presente Mons. Felici, secretario general del Concilio, propuesto por la Curia, aunque –a decir de Suenens– no era ésta la preferencia personal de Juan XXIII.

Quedan ya dibujadas las sensibilidades o tendencias que van a litigar intramuros de la asamblea. La prensa habló pronto de «progresistas» y «conservadores». El cardenal de Malinas prefiere utilizar esta otra clave: «la tendencia centralista (curialista) y la tendencia colegial»<sup>15</sup>. Aceptando el primado del Obispo de Roma, estas dos tendencias se confrontarán durante el debate sobre la colegialidad de los obispos. El punto de la discusión radica en el distinto subrayado de «con él» o «bajo él» a la hora de interpretar la realidad institucional de la Iglesia universal y la comunión de las Iglesias particulares, la figura del Obispo de Roma como centro visible de la unidad de la Iglesia y los pastores de las Iglesias particulares en comunión con el papa. Como tendremos ocasión de volver a subrayar, el Cardenal Suenens ha madurado teológicamente el significado de la responsabilidad episcopal. Fruto de ello es su obra más famosa: *La corresponsabilidad en la Iglesia de hoy*<sup>16</sup>. Por ahora interesa destacar que es una opción de fondo de la Iglesia de Bélgica, de sus pastores y teólogos, de una generación marcada por las *Conversaciones de Malinas* guiadas por el cardenal Mercier, que hizo suyo el *memorandum* de L. Beauduin sobre «la Iglesia anglicana, unida pero no absorbida». A otro participante en aquellas famosas conversaciones y vicario general de Mercier, Mons. van Roey, se debe el refuerzo de la tesis de la colegialidad. Esta tendencia colegial de la Iglesia belga había sido cultivada en la facultad de Teología de Lovaina y se había nutrido con los trabajos ecuménicos del monasterio de Chevetogne. Suenens recuerda el papel desempeñado por el benedictino L. Beauduin en la convocatoria del Concilio. Aquel hombre estaba convencido de la necesidad de completar el Vaticano I con la búsqueda de un mejor equilibrio entre primado y colegialidad. Por otro lado, había man-

---

<sup>15</sup> Ibid., 79.

<sup>16</sup> Existe versión española publicada por Desclée de Brouwer en 1970.

tenido conversaciones con Roncalli, cuando éste era delegado apostólico en los Balcanes. «Si Roncalli, llega a papa, habrá un Concilio» –según confidencia hecha por el benedictino y ecumenista<sup>17</sup>. Esta tendencia colegial de la Iglesia belga contó durante la celebración del Concilio con el apoyo y la reflexión de Y. Congar, de Mons. Colombo, teólogo personal del papa, y de Dossetti.

La tendencia centralizadora estaba personificada por el jefe del Santo Oficio, el cardenal Ottaviani, «que se consideraba como el único intérprete auténtico de la ortodoxia católica, y que supuso para Juan XXIII una pesada cruz». Los esquemas preparados por la Curia estaban marcados por esta teología. Cuenta Suenens que un personaje eminente del Santo Oficio, el jesuita Dhanis, antiguo prefecto de estudios de la Universidad Gregoriana, le vino a expresar la inquietud que le producían aquellos esquemas. Por otro lado, teólogos que habían sido cuestionados por el Santo Oficio (Congar, Daniélou, de Lubac, Rahner...) estaban llamados a ser los grandes peritos del Concilio, labrando una nueva imagen de Iglesia. Esta fue una de las paradojas del Concilio. Suenens describe así la gran tensión:

•Para Ottaviani, el Santo Oficio era, de hecho, superior al Concilio y tenía el monopolio de la teología auténtica, que se identificaba con la suya. Consideraba que los esquemas preparados bajo su inspiración no tenían que ser puestos en tela de juicio por el Concilio. A su modo de ver, los Padres sólo tenían la posibilidad de discutir las modalidades de los mismos. Creía que Juan XXIII llevaba a la Iglesia al desastre»<sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> L.J. Card. Suenens, *cit.*, 80. Suenens introduce el fragmento de un discurso del cardenal Roncalli en Palermo con ocasión del Congreso sobre la unidad cristiana (1957): «La principal deficiencia del trabajo unionista en el momento actual es que sigue estando poco difundido en la masa. Mi viejo amigo belga, el benedictino dom Lambert Beauduin, decía, ya en 1926, cuando estaba yo al comienzo de mi trabajo práctico de cooperación en el Oriente Próximo: 'Es preciso crear en Occidente una agrupación paralela a la de la Propagación de la Fe en favor de la unión de las Iglesias separadas'. Yo acababa justamente de reconstruir la obra de la Propagación de la fe, bajo el impulso del nuevo Papa Pío XI; pienso que es preciso volver a la idea de dom Lambert Beauduin».

<sup>18</sup> *Ibid.*, 82.

### C) *El proyecto conciliar del cardenal Suenens: orígenes y contenido*

Volvamos al plan Suenens, que constituye un episodio decisivo en la historia de la preparación del Concilio y coimplica importantes cuestiones acerca de su duración, su desarrollo interno y su misma agenda<sup>19</sup>. Este hombre, de talante eminentemente práctico, deploraba la gran cantidad de esquemas –unos 70– preparados para la discusión conciliar. Así se lo hizo saber a Juan XXIII en una audiencia que tuvo lugar en marzo de 1962. El Papa le pidió que preparara un proyecto. Una vez estudiados los documentos, le remitió una nota preliminar, positiva y negativa al mismo tiempo, cuyo objetivo era realizar una poda y situar el Concilio en una verdadera perspectiva pastoral. Atendamos, pues, a los aspectos más destacados de esta *Nota sobre el Concilio*<sup>20</sup>.

Suenens parte de esta constatación: el anuncio del Concilio ha hecho nacer grandes esperanzas entre los fieles y en el mundo. Satisfacer esta doble expectativa exige tratar una doble serie de cuestiones: «una primera serie versaría sobre la Iglesia *ad extra*, es decir, sobre la Iglesia frente al mundo de hoy». «Una segunda serie versaría sobre la Iglesia *ad intra*, es decir, sobre la Iglesia en sí misma, en vistas, por otra parte, a ayudarla a responder mejor a su misión en el mundo». Propone, en consecuencia, una ingente labor de poda que está presidida por esta valoración de conjunto: «permítaseme decir, con toda franqueza filial, que las ocho décimas partes de los esquemas, en su forma actual, no me parecen ser “materia de concilio”». ¿Qué cuestiones debían estar en el orden del día del Concilio? Había que proceder a una selección de la materia, vía negativa, prescindiendo de cuestiones menores, apartando las concepciones demasiado jurídicas del Concilio. Y, vía positiva, sugería el siguiente criterio de selección: «cuestiones de importancia *mayor*, cuestiones de importancia *vital*, cuestiones de importancia para

---

<sup>19</sup> Sobre los preparativos del Concilio el cardenal escribió un artículo; cf. L. J. Suenens, «Aux origines du Concile Vatican II»: *Nouvelle Revue Théologique* 107 (1985) 3-21. Véase: J. Komonchak, «La lucha por el Concilio durante su preparación», en: G. Alberigo, *cit.*, 316-330.

<sup>20</sup> L.J. card. Suenens, *Recuerdos y esperanzas* (Valencia 2000) 85-88.

*toda la Iglesia*, cuestiones que se sitúan en la línea de la *renovación pastoral* deseada».

La *Nota sobre el Concilio* utiliza esta metáfora: es preciso «trazar algunas grandes avenidas en el bosque». Para ello sugería que el papa nombrara una Comisión restringida, de uso personal y privado, que se encargara de proponer las grandes cuestiones dominantes según los criterios enunciados. Por otro lado, «habrá que limitar la selección de estas cuestiones en función de la duración que se piense dar al Concilio». Prevé, igualmente, la creación de comisiones posconciliares, tanto para proseguir las cuestiones tratadas en el Concilio, como para controlar la puesta en práctica de sus decisiones. Estas comisiones, que servirían para descongestionar el Concilio, podrían estar vinculadas a las distintas congregaciones de la Curia romana, alimentando una corriente de vida entre el centro y la periferia, entre las inquietudes pastorales de los obispos y los aspectos administrativos y canónicos por los que velan las congregaciones. Estas comisiones —señala finalmente Suenens— podrían recibir el mandato del Santo Padre de preparar la reforma de la Curia romana.

El escrito del cardenal contempla tres aspectos en su tramo final. Por un lado, la dificultad de elaborar, sobre todo en el plano pastoral, reglas únicas y a la vez flexibles en sus adaptaciones para toda la Iglesia. Propone, en este sentido, una descentralización mediante las conferencias episcopales: «¿Se me permitiría desear, para el bien de la Iglesia, que, en el plano de las aplicaciones pastorales, se reserve algunas adaptaciones concretas a las conferencias episcopales, mediando, naturalmente, el acuerdo final de la Santa Sede?». Alerta, en segundo lugar, frente al peligro del inmovilismo: «La experiencia de lo que pasa en la Comisión central muestra que existe una fuerte corriente integrista opuesta a toda renovación pastoral que tenga una cierta envergadura». La *Nota* expresa, en tercer y último lugar, este deseo: «que el Concilio sea, por excelencia, un concilio pastoral, es decir, apostólico. ¡Qué inmenso beneficio representaría para la Iglesia que pudiera definir, en sus grandes rasgos, el modo en que la Iglesia debe ponerse en estado de misión, y ello en todos los ámbitos: laicos, religiosos, clero, obispos y congre-

gaciones romanas!». Esta sería la gracia de Pentecostés deseada por Juan XXIII.

Sobre estos presupuestos, para finales de abril de 1962, Suenens ya había redactado su plan o proyecto del Concilio que, inicialmente, dio a conocer de forma confidencial a algunos cardenales amigos: Montini, Liénart, entre otros. El Papa ordenó a Cicognani, secretario de Estado, que enviara fotocopias de este plan a otros cardenales. Así lo hizo el 19 de mayo de 1962. Parece que Juan XXIII buscó un patronazgo colectivo de este plan y pidió a Suenens que se reuniera con otros cardenales que él mismo había señalado. De ahí surgieron dos reuniones en el Colegio belga. El resultado de aquel primer intercambio ha sido recogido en una carta-informe enviada al Papa el 4 de julio de 1962. El parecer de aquellos cardenales, que habían estudiado el plan general de Suenens, abonaba la necesidad de un plan arquitectónico amplio y coherente, el deseo de que el Concilio comenzara con una parte doctrinal, más concretamente, con el estudio sobre el misterio de la Iglesia, de modo que el Vaticano II fuera en verdad el concilio «De Ecclesia»<sup>21</sup>.

El trabajo de Suenens obtuvo en fechas muy señaladas una significativa muestra de agradecimiento papal: a través del cardenal Cicognani le hizo llegar la edición completa de las *Actas de la visita apostólica de S. Carlos Borromeo a Bérgamo (1575)*. Se trata de una edición preparada durante años por Roncalli. La carta que acompañaba al regalo, con fecha de 11 de septiembre de 1962, lo hace coincidir con esta circunstancia: «en el mismo momento en que (el papa) dirige un radiomensaje al mundo entero, a un mes de la apertura del Concilio ecuménico». En este discurso se adivina, entre líneas, el proyecto conciliar de Suenens. El Santo Padre hizo suya la distinción propuesta entre la Iglesia *ad intra* y la Iglesia *ad extra*, quicio y bisagra del plan<sup>22</sup>. Durante la primera semana del Concilio Suenens recibió de Juan XXIII la consigna de esperar: «El plan está ahí, en mi cajón (lo abríó como para probar lo que decía). Le haré una señal en el momento oportuno: de momento, el deber del papa es abrir

---

<sup>21</sup> Ibid., 89-90.

<sup>22</sup> Ibid., 90.

los oídos y escuchar atentamente lo que el Espíritu Santo inspire a los obispos»<sup>23</sup>.

El arranque del Concilio estuvo marcado por la fluctuación, por penosos titubeos, por las dificultades de encontrar una orientación precisa. Así las cosas, Montini pedía en una carta dirigida al papa (18 de octubre de 1962) mayor estructura y coherencia; el futuro Pablo VI diseñaba un programa preciso para el Concilio y, al final, hacía alusión al plan Suenens. A juicio de P. Hebblethwaite, esta carta es el «documento más importante para comprender no sólo la primera sesión, sino todo el Concilio Vaticano»<sup>24</sup>. Todo parece indicar -afirma- que, una semana después de la apertura del Concilio, había dos libretos distintos sobre el Concilio: el de Ottaviani, que pensaba en una sola sesión rápida que tuviera como objetivo ratificar los esquemas preparados; el de Montini y Suenens, que preveían un Concilio largo que requerría hasta tres sesiones. Por otro lado, las noticias sobre la salud del papa comenzaban a ser inquietantes. Suenens, por su parte, se encontraba ante un problema de conciencia: «¿debía tomar la iniciativa de proponer el plan o permanecer pasivo, dado que Juan XXIII se había reservado el momento de darlo a conocer?»<sup>25</sup>. Con este motivo escribió una carta al papa enfermo y a su secretario, L. Capovilla, en la que insertaba una copia de la intervención que pensaba tener dos días después en el aula. El papa leyó el texto e hizo algunas anotaciones. Así, con el beneplácito de Juan XXIII, Suenens pudo pronunciar con toda tranquilidad de conciencia su famoso discurso del 4 de diciembre de 1962 proponiendo el tema central al que se adhirió el Concilio. Montini y Lercaro se pronunciaron entusiásticamente a favor de aquella propuesta. Veamos las líneas maestras del plan<sup>26</sup>.

En este proyecto anidaba la firme pretensión de dar al Concilio un «cariz pastoral», de forma coherente y de fácil comprensión. Consta de tres partes bien definidas: una introducción, cuatro grandes títulos, un mensaje final. En la introducción declara las intenciones de responder a las expectati-

---

<sup>23</sup> Ibid., 102.

<sup>24</sup> Hebblethwaite, *cit.*, 565-568; aquí: 568.

<sup>25</sup> L.J. card. Suenens, *cit.*, 91.

<sup>26</sup> Ibid., p. 92-101.

vas suscitadas y situar el Concilio en la plena vida de la Iglesia y del mundo. Al aislar cuatro grandes núcleos temáticos intenta recoger al máximo los esquemas ya elaborados, insuflándoles un alma, que los haga concurrir al conjunto más allá de su carácter fragmentario, fuertemente jurídico y, en ocasiones, represivo. Estos temas permiten salir al encuentro de los principales errores corrientes, tanto en el seno de la Iglesia como en el mundo, «de una manera positiva, sin anatemas».

Suenens comienza dando una visión de conjunto que arranca de este presupuesto: la mejor forma de establecer un vínculo entre el Vaticano II y el Vaticano I es comenzar el Concilio con el estudio del esquema «*De Ecclesiae Christi mysterio*». Aducía además una serie de razones. En primer lugar, razones de continuidad y de equilibrio doctrinal: el Vaticano I había previsto un esquema sobre la Iglesia, pero sólo abordó la definición del primado y la infalibilidad pontificias; quedan por «situar» en el misterio de la Iglesia el episcopado y el laicado. En segundo lugar, este esquema suponía un paso de acercamiento hacia los hermanos separados: si los ortodoxos reprochan el escaso papel concedido a los obispos, los protestantes censuran no dar a los laicos el lugar que les corresponde. En tercer lugar, este estudio sobre el misterio de la Iglesia serviría de prefacio para un trabajo ulterior sobre «La Iglesia en acción»: el principio *operari sequitur esse* reclama una declaración doctrinal donde se defina el ser de la Iglesia; en otras palabras: Iglesia, ¿qué dices de ti misma? En cuarto lugar, a la luz de una definición de Iglesia inspirada en Bossuet, «Jesucristo comunicado y difundido», es decir, Cristo que vive hoy en su cuerpo místico, se plantea la pregunta de si somos fieles a la obra que nos encargó el Señor.

En consecuencia, el esquema propuesto se concibe como un examen de conciencia colectivo acerca de la misión de la Iglesia que pone en el centro una pregunta básica: «¿Cómo responde la Iglesia del siglo XX a la última orden del Maestro?». «Id al mundo entero (*euntes ergo*), enseñad a todas las gentes (*docete omnes gentes*), bautizándolos (*baptizantes eos*) en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (*in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*), enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado (*docentes eos ser-*

vare omnia quaecumque mandavi vobis)?». Desde ahí se anuncia un plan que abarca estas dos grandes secciones: la Iglesia *ad intra* y de la Iglesia *ad extra*. Apunta, finalmente, que este esquema *De Ecclesiae Christi mysterio* puede servir de algunos materiales contenidos en los esquemas ya preparados (como el *De Ecclesiae militantis natura*, o el *De membris Ecclesiae*)

Utilizando las mismas palabras del Evangelio de Mateo, la sección sobre la *Ecclesia ad intra* se articula en cuatro momentos o títulos: I. *Euntes ergo* (Iglesia evangelizadora); II. *Docete omnes gentes* (Iglesia que enseña); III. *Baptizantes eos* (Iglesia santificadora); IV. *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti* (Iglesia que ora). Recorramos el sentido original que Suenens daba a estos títulos.

I. *Iglesia evangelizadora (o salvífica)*: para responder al mandato del Salvador «se trata de poner a toda la Iglesia en estado de misión». El punto de vista es el de la pastoral misionera. El examen de conciencia y la renovación pastoral ha de comenzar por los que son legítimos sucesores de los apóstoles. En el plano episcopal Suenens llama la atención sobre varias cuestiones mayores: es necesaria una declaración sobre el colegio apostólico y sobre su papel en el seno de la Iglesia y de los obispos en sus propias diócesis. Ello enlazaba con el esquema *De episcopis residentialibus*. En segundo término, la dimensión evangelizadora ha de ser examinada en el plano del clero secular y regular. Bajo este rótulo señalaba varias cuestiones concretas sobre las que también existían diversos esquemas: sobre las vocaciones y la formación sacerdotal, la reforma de los seminarios y los estudios eclesiásticos, la colaboración entre el clero secular y el clero regular, la posibilidad de reinstaurar el diaconado permanente. En tercer lugar, esta revisión de la misión de la Iglesia demandaba la revalorización de las religiosas y de los hermanos; se imponía un esfuerzo de *aggiornamento* de las reglas y costumbres ante las necesidades del apostolado de hoy. Finalmente, Suenens preveía una declaración doctrinal sobre el papel de los laicos en la Iglesia, haciéndose eco de los reproches de clericalismo que nos hacen los hermanos separados desde su firme convicción en el «sacerdocio común de los fieles». Existía también un esquema *De laicis* que debía ser armonizado con el que había elaborado la

Comisión para el apostolado laico presidida por el Cardenal Cento.

II. *Iglesia que enseña*: este título, que avista la necesidad de dar a conocer el Evangelio a todas las gentes, se sitúa en el horizonte de la pastoral catequética en toda su amplitud. Demanda, pues, examinar la enseñanza religiosa en los distintos centros (universidades incluidas), sopesar la necesidad de un catecismo o un directorio, reflexionar sobre la predicación de la Palabra de Dios, sobre la importancia de los medios de difusión (radio, cine, prensa, televisión).

III. *Iglesia santificadora*: en este marco tenían cabida una serie de esquemas (*De ecclesiae Sacramentis*, *De Sacramento poenitentiae*, *De sacramento ordinis*), que debían pasar revista a las grandes cuestiones de la pastoral sacramental.

IV. *Iglesia que ora*: este título resituaba la pastoral litúrgica. Permitía acoger varios esquemas, como el *De sacra liturgia*, *De usu linguarum vernacularum in liturgiis*, *De officio divino*.

La otra gran sección, sobre la Iglesia *ad extra*, quedaba introducida con estas palabras del pasaje mateano: *docentes eos servare quaecumque mandavi vobis*. El punto de partida es, en este caso, la pregunta sobre los problemas y las necesidades de los hombres en el mundo de hoy: ¿Qué buscan los hombres? ¿Qué tiene la Iglesia que aportar? Suenens sugería que el Concilio se centrara en estos cuatro campos: la sociedad familiar, la sociedad económica, la sociedad civil, la sociedad internacional. En cada uno de estos ámbitos detectaba problemas de gran calado: la moral conyugal y el control de la natalidad, el comunismo ateo y la tragedia de los países subdesarrollados, las relaciones Iglesia-Estado y el libertad religiosa, la guerra y la paz internacional. El plan Suenens quería verse clausurado con un mensaje solemne dirigido al mundo según esta secuencia escalonada: primero, a los hermanos ortodoxos; después, a los hermanos protestantes; a continuación, a todos aquellos que creen en Dios; finalmente, a los ateos, descubriéndoles el sentido de Dios y de su presencia. Este es el plan que Suenens presentó ante el Concilio en los ocho minutos reglamentarios.

No se adentran los recuerdos de Suenens en los episodios concretos de aquella primera sesión conciliar. El mismo ofrece el siguiente balance: «Al final de la primera sesión, en efecto, apareció de manera clara a todos que el Concilio Vaticano II sería en lo sucesivo, en la historia, un concilio centrado en la Iglesia, y que todos los esquemas yuxtapuestos hasta ese momento, serían reagrupados en torno a esta idea maestra»<sup>27</sup>. No obstante, como el cardenal indica en el texto de su última carta dirigida a Juan XXIII, del 19 de febrero de 1963, «es ahora –en el intervalo– cuando se juega la suerte del Concilio en cuanto a la materia que debe ser sometida a discusión y en cuanto a su duración». Esta carta responde a la petición de Juan XXIII, que deseaba estar informado acerca de los trabajos de la comisión creada, a finales de diciembre de 1962, con el encargo de supervisar los documentos que se iban preparando para la segunda sesión del Concilio<sup>28</sup>. A Suenens le había sido encomendado y confiado el esquema sobre la Iglesia *ad intra*, que se iba convertir en la constitución *Lumen gentium*, y el esquema sobre la Iglesia *ad extra*, que llegaría a ser *Gaudium et spes*. Serán los dos documentos claves del Concilio. Ambos documentos debían recorrer un largo trecho antes de ver la luz definitiva. Los historiadores del Concilio Vaticano II han llamado la atención sobre la incertidumbre crítica de ese período entre la primera y la segunda sesión. Las espadas entre los partidarios y los enemigos del *aggiornamento* estaban en alto. Se ha llegado a hablar de una «segunda preparación» del Concilio. «El punto fundamental –escribía Suenens en la carta citada– ya está conseguido, puesto que el tema central será: *Ecclesia Christi, lumen gentium*»<sup>29</sup>.

---

<sup>27</sup> Ibid., 73.

<sup>28</sup> Cf. A. Zambarbieri, *Los Concilios del Vaticano* (Madrid 1996), 251-254.

<sup>29</sup> L.J. card. Suenens, *cit.*, 109. Véase: J. Grootaers, «Il Concilio si gioca nell'intervallo. La "seconda preparazione" e suoi avversari», en: G. Alberigo (dir.), *Storia del Concilio Vaticano II*, vol. II (Il Mulino, Bologna, 1996), 385-557.

### D) Juan XXIII íntimo

Juan XXIII falleció el 3 de junio de 1963. El nuevo papa encargó al Cardenal de Malinas que pronunciara, en la apertura de la segunda sesión, el discurso de homenaje a la memoria del papa que había convocado el Concilio. El 28 de octubre, durante cuarenta y cinco minutos, Suenens glosó la figura del papa Roncalli al hilo de Jn 1, 6: «hubo un hombre enviado por Dios: su nombre era Juan». Este discurso clausura la sección de los *Recuerdos y esperanzas* puesta bajo el rótulo: «Juan XXIII íntimo»<sup>30</sup>.

Esta alocución es un epitafio de homenaje al papa, padre y amigo, entreverado de anécdotas y confidencias personales. El punto de partida es una valoración histórica: Juan XXIII pudo aparecer como un «papa de transición» y –afirma Suenens– lo fue, pero de una manera inesperada, abriendo «una nueva era para la Iglesia», poniendo «los jalones de la transición entre el siglo XX y el XXI». Si la vida del papa Roncalli se apagó al día siguiente de la fiesta de Pentecostés, él sigue presente de una doble manera. Por un lado, a través de su sucesor, cuyo discurso de apertura de la segunda sesión del Concilio obedece al mismo soplo de Pentecostés: «hemos sentido la misma invitación en la apertura y en el diálogo, en la caridad doctrinal y pastoral, la misma insistencia en trabajar de manera constructiva y positiva, el mismo afán por traducir el eterno mensaje del Evangelio a una lengua accesible a nuestros contemporáneos». La otra forma de presencia es de naturaleza espiritual: el sacrificio mismo de su vida ofrecida por el feliz desenlace de los trabajos del Concilio. «Ofrezco mi vida por la Iglesia, por la continuación del Concilio, por la paz del mundo, por la unión de los cristianos». Son palabras del papa en el lecho de muerte<sup>31</sup>.

El discurso se adentra, seguidamente, en la descripción de la cautivadora personalidad de Juan XXIII. Suenens destacó tres rasgos: la alianza perfecta entre naturaleza y gracia, la unidad entre vida y doctrina, la humildad radical y la renuncia a sí mismo. Aquel Juan, como el Juan del Evangelio, «vino a dar testimonio de la luz». Su vida –resaltaba Suenens

---

<sup>30</sup> L.J. card. Suenens, *cit.*, 110-134; para el discurso (124-134).

<sup>31</sup> *Ibid.*, 122.

en la parte final de su alocución- ha sido una gracia para los fieles de la Iglesia católica, para todos los cristianos y para todos los hombres de buena voluntad.

Lo primero se concreta en la convocación del Concilio como punto culminante de su acción pastoral: creyó discernir la invitación del Espíritu a reunir al episcopado de todo el mundo. En su apertura del Concilio se mostró en desacuerdo «con esos profetas de mal agüero que siempre anuncian catástrofes». En definitiva obedeció la llamada de Dios (*Obedientia et pax* era su divisa) con plena confianza: «En materia de concilios, dijo un día sonriendo, todos somos novicios». El Cardenal interpreta su visión del Concilio:

«Para él, el Concilio no era, en primer lugar, una cita de los obispos con el papa, un encuentro horizontal; era, ante todo y sobre todo, una cita colectiva de todo el colegio episcopal con el Espíritu Santo, un encuentro vertical, la acogida a una inmensa efusión del Espíritu Santo para nuestro tiempo, una especie de nuevo Pentecostés»<sup>32</sup>.

En segundo lugar, la vida de Juan XXIII ha sido una gracia para todos los cristianos. A él le debemos un clima nuevo para afrontar fraternalmente los obstáculos que dificultan el camino hacia la unidad visible y plena. Ante los observadores del Cocolio había evocado los diez años pasados en Sofía y los otros diez en Estambul y en Atenas, los múltiples contactos con cristianos de diferentes denominaciones. Un «no parlamentamos», sino hablamos, un «no discutimos», sino que amamos, fueron sus cartas credenciales. Finalmente, Suenens subrayó que Juan XXIII ha sido «papa del diálogo», de forma muy especial, respecto a los hombres de nuestro tiempo. Muchos levantaron la vista hacia este hombre y escucharon su voz, «una voz que les habalaba de Dios, aunque también de fraternidad humana, del restablecimiento de la justicia social, de la instauración de la paz a escala mundial».

Con su habitual espontaneidad, Roncalli le confesó un día:

«Usted me dio, en los primeros comienzos, ideas muy luminosas sobre el Concilio, y después nos pusimos a trabajar

---

<sup>32</sup> Ibid., 131.

en medio de un gran desorden. Pues bien, lo que más he apreciado es que, en esos momentos, no hizo usted fuerza para hacer prevalecer sus ideas: no era el momento. Eso me produjo una gran admiración. Es un honor para usted no haber querido forzar las cosas. Ahora que ha sido adoptado el plan es cuando ha llegado el momento.<sup>33</sup>

### III. EL CARDENAL SUENENS, MODERADOR EN EL CONCILIO DE PABLO VI

La segunda serie de recuerdos sobre el Concilio, ya bajo la batuta de Pablo VI, comienza reseñando la innovación introducida en el reglamento del Concilio con el nombramiento de cuatro *moderadores*. La experiencia de la primera sesión había mostrado que era poco práctico y funcional el sistema de presidencia de las sesiones, por turnos, confiada a diez cardenales que se iban relevando día a día. Pablo VI decidió modificar esta organización. Este cargo de presidencia fue reemplazado por cuatro moderadores permanentes. Suenens narra los entresijos de esta resolución del papa Montini:

«Me hizo saber su deseo de que el Concilio fuera dirigido por dos "legados": el cardenal Agagianian y yo mismo (de hecho, las dos tendencias), y que, si añadía a un tercer cardenal, sería Döpfner, de Munich. No me habló del cuarto, el cardenal Lercaro, de Bolonia, al que añadió posteriormente. Como el término "legado" no podía aplicarse estrictamente cuando el mismo papa estaba presente en Roma, la Curia le sugirió el término de "moderador", que fue adoptado. El cardenal Cicognani, secretario de Estado, debía hacernos llegar un reglamento interno para precisar nuestras funciones -reglamento que nunca fue redactado oficialmente-, y cuya ausencia nos puso, en ciertos momentos, en situaciones jurídicamente confusas y psicológicamente delicadas»<sup>34</sup>.

A pesar de esas dificultades presentidas Suenens recuerda, con simpatía, los comentarios de los obispos y que

---

<sup>33</sup> Ibid., 118.

<sup>34</sup> Ibid., 138.

los periodistas transmitían. Entre ellos circulaban los nombres con los que los obispos denominaban familiarmente a los cuatro moderadores, cada uno según el nombre de un evangelista: el cardenal Agagianian, de origen oriental, pasaba por «S. Juan», mientras que los otros tres, Lercaro, Döpfner y Suenens, eran calificados de «sinópticos» a causa de su concordancia. «Debo decir –apostilla– que los “sinópticos” no tuvieron nunca la menor dificultad con “san Juan”, y que conservo un recuerdo muy bueno de este conciliador colega»<sup>35</sup>.

Esta institución de los cuatro moderadores permite una observación de mayor alcance. Ya Juan XXIII había constituido, en paralelo a los diez cardenales-presidentes del Concilio, un órgano de dirección bajo la presidencia del cardenal Cicognani. Fue constituida el 17 de diciembre de 1962 con el nombre de «Consejo de coordinación» y estuvo compuesta por A. Liénart, F. Spellman, G. Urbani, C. Confalonieri, J. Döpfner y L. J. Suenens. «Yo fui el único, junto con el cardenal Döpfner, que seguí siendo miembro del órgano de dirección del Concilio desde el principio al final, lo que representaba un puesto privilegiado para seguir la marcha de los trabajos»<sup>36</sup>. Los moderadores se convertían en una especie de comité supervisor de la marcha de los trabajos conciliares, así como su coherencia interna. Era una tarea de mucha mayor trascendencia que la mera presidencia de las sesiones del Concilio a la que quiso reducirles la Curia. Así se pone de manifiesto en un par de incidentes. Para esta labor habían recabado la ayuda de un buen secretario, Dossetti, jurista y teólogo y, a la sazón, vicario general del cardenal Lercaro. Esta elección ocasionó un pulso con el secretario del Concilio, Mons. Felici, que exigía ser él mismo el secretario del grupo de moderadores. Dossetti optó por retirarse para evitar aquella embarazosa situación. Por otro lado, el cardenal Cicognani les pidió que no hablaran en el Concilio, tal y como se había recomendado a los miembros de la Curia. Pues el prestigio de los «moderadores» confería un peso muy especial a aquellas intervenciones. Suenens dice que nunca tuvieron en cuenta esta invitación al

---

<sup>35</sup> Ibid., 160. Véase: J. Grootaers, *cit.*, 540-547.

<sup>36</sup> L.J. card. Suenens, *cit.*, 75.

mutismo. Ahora bien, su función de moderadores «iba a limitarse de hecho a la presidencia de los debates y a una reunión semanal con el papa»<sup>37</sup>.

### A) Tres episodios conciliares

La evocación sumaria de los trabajos conciliares a lo largo de la segunda sesión está centrada en tres *recuerdos* o actuaciones que reflejan bien las convicciones personales de Suenens y constituyen –por así decirlo– la prolongación de su plan. Se trata de la elaboración de la constitución *Lumen gentium*, la «revolución copernicana», las cinco cuestiones cruciales. Como es de sobra sabido, la historia de la redacción de *Lumen gentium* pasa por el rechazo del esquema preparado por la Curia en los debates de la primera sesión. El cardenal de Malinas ofrece esta interpretación de fondo<sup>38</sup>:

«Se trataba, en realidad, de un enfrentamiento entre dos concepciones de la Iglesia. El Santo Oficio había elaborado un esquema impregnado de una eclesiología muy marcada por el aspecto canónico y estructural de la Iglesia, sin poner de relieve de manera prioritaria sus aspectos espirituales y evangélicos. Se trataba, a nuestro modo de ver, de pasar de una eclesiología jurídica a una eclesiología de comunión centrada en el misterio mismo de la Iglesia en sus profundidades trinitarias».

Suenens confiesa que, antes incluso de que fuera rechazado aquel esquema, había pedido a Mons. Philips que redactara uno nuevo<sup>39</sup>. Es algo que le reprochó Ottaviani en una sesión plenaria. El profesor de teología dogmática en Lovaina

---

<sup>37</sup> Ibid., 142. Véase: G. Dossetti, *Il Vaticano II. Frammenti di una riflessione* (Bologna, 1996).

<sup>38</sup> L.J. card. Suenens, *cit.*, 143. Véase: A. Melloni, «L'inizio del secondo periodo e il grande dibattito ecclesiológico», en: G. Alberigo (dir.), *Storia del Concilio Vaticano II*, vol. 3 (Il Mulino, Bologna 1998), 58-107.

<sup>39</sup> Pormenores y detalles ofrece G. Ruggieri, «Il difficile abbandono dell'ecclesiologia controversista», en: G. Alberigo (dir.), *Storia del Concilio Vaticano II*, vol. III, 309-383; esp. 310-311: ya el 18 de octubre Philips comunicó a Congar el encargo que había recibido de Suenens para «retomar, completar, mejorar» el esquema *De Ecclesia*.

encarnaba, a su juicio, una *via media* que no debía asustar ni a Ottaviani ni a su secretario, el P. Tromp. En continuidad con el proceso de elaboración de *Lumen gentium* se sitúa la «revolución copernicana». Un primer esbozo de la constitución sobre la Iglesia preveía un capítulo inicial sobre el misterio de la Iglesia, otro sobre la jerarquía y un tercero sobre el pueblo de Dios. Siguiendo la sugerencia de Mons. Prignon, Suenens abogará por la inversión del orden entre los capítulos segundo y tercero, un pequeño giro pero preñado de consecuencias: «En efecto, proceder así centraría de inmediato la Iglesia en el cristiano en cuanto bautizado y, en consecuencia, sobre lo que era común a todos los fieles, antes de toda diversidad de funciones y vocaciones»<sup>40</sup>. No quedaba sino proponerlo al papa y al Concilio. Suenens comunicó la sugerencia al papa en la audiencia semanal de los moderadores, que interpretaron su silencio como una aprobación. Aquella misma noche, uno de los obispos belgas, Mons. Charue, que había conversado con Suenens, defendió en la reunión de la Comisión teológica la inversión del orden de los capítulos. Ottaviani, por su parte, sostuvo con vigor el mantenimiento de la secuencia que antepone el capítulo de la jerarquía al capítulo sobre el pueblo de Dios. Invocaba a su favor que Pablo VI era de su opinión y no de la de Suenens. En la siguiente audiencia semanal de los moderadores Suenens preguntó al Papa acerca de su postura, si estaba de acuerdo o no con la inversión. Su respuesta sonó así: «De hecho, mi opinión privada es la de Ottaviani; pero cuando usted abogó en favor de la inversión, no dije nada, dejando abierta la cuestión a la libre discusión conciliar». Y añadió: «En verdad, debo decir que no estoy convencido del cambio deseado»<sup>41</sup>. Mons. Philips redactó una nota justificando la inversión. En una sesión presidida por Suenens se procedió a la votación de la asamblea, que ratificó con amplia mayoría de votos aquella «revolución copernicana».

Finalmente, el test sobre las cinco cuestiones cruciales implica el debate sobre la colegialidad episcopal o, dicho de otra manera, la búsqueda de equilibrio entre el Vaticano I, con la definición del primado y la infalibilidad papales, y la

---

<sup>40</sup> L.J. card. Suenens, *cit.*, 144. Cf. Zambarbieri, *cit.*, 274-275.

<sup>41</sup> L.J. card. Suenens, *cit.*, 145.

revalorización del significado del episcopado. En primera persona narra Suenens el objetivo estratégico perseguido a través de aquella consulta. De suyo, la cuestión del equilibrio entre primado y episcopado estaba reservada a la Comisión teológica presidida por Ottaviani. Por otro lado, ante la pronta dispersión de la asamblea, Suenens quería que los trabajos entre sesiones pudieran ser orientados por el deseo de la mayoría del Concilio. Por ello, con el beneplácito de los otros tres moderadores, anunció que se iba a distribuir a los Padres congregados un cuestionario de orientación con cinco preguntas para uso de la Comisión teológica. La reacción de Mons. Felici no se hizo esperar: denunció ante el Santo Padre aquel abuso de poder. Ottaviani dejó constancia de que sólo «su» Comisión teológica era competente para formular cuestiones de índole teológica. En una palabra: los moderadores y Suenens, en particular, eran acusados de sobrepasar su derecho de iniciativa. Aquella votación se llevó a cabo, tras dos semanas de tiras y aflojas, gracias a la tenacidad del cardenal Suenens. El papa, para salir de aquella situación embarazosa, designó una comisión de cardenales que dilucidaran aquel inesperado debate. Aquella comisión de arbitraje dio su aprobación para la realización de aquella votación orientativa. El papa se sumó finalmente a este veredicto. El 30 de octubre de 1963 tuvo lugar la consulta. Los Padres ratificaron con su juicio favorable, y con amplísima mayoría en todos los casos, las siguientes proposiciones: 1) la consagración episcopal constituye el grado supremo del sacramento del orden; 2) todo obispo legítimamente consagrado en comunión con los otros obispos y el papa es miembro del cuerpo de los obispos; 3) el colegio o cuerpo de los obispos sucede al colegio apostólico en la tarea de evangelizar, santificar y gobernar, y este cuerpo, en unidad con su cabeza, goza del poder pleno y supremo sobre la Iglesia universal; 4) este poder corresponde por derecho divino al mismo colegio de los obispos, unido a su cabeza; 5) es oportuno instaurar el diaconado permanente como grado dentro del ministerio<sup>42</sup>. El contenido de esta consulta constituye el esqueleto del capítulo III

---

<sup>42</sup> Para más detalles, véase: G. Alberigo, «El Concilio Vaticano II», en: Id. (Ed.), *Historia de los concilios ecuménicos* (Salamanca 1993), 350-352.

de la Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*.

### B) Balance sobre el Concilio

Aquella votación permitió al Concilio dar curso a una importante línea de avance, como es la doctrina de la colegialidad episcopal. Fuera de estos tres importantes episodios de la segunda sesión, los recuerdos del cardenal Suenens pasan rápidamente al inmediato posconcilio, sin detenerse apenas en la tercera y cuarta sesión conciliares. Esta sección de sus *memorias* está presidida por este interrogante: ¿fue el Concilio una primavera para la Iglesia? Suenens juega con la metáfora de la primavera: «una primavera de finales de febrero y principios de marzo». Sus notas del 15 de noviembre de 1968 recurren a estas palabras del profesor A. Gesché: «El valor se encuentra entre la facilidad de los extremos: los de la ciega dimisión ante el cambio y los de la crispación fixista. El cambio ni debe fascinarnos ni darnos miedo»<sup>43</sup>. A su juicio, «el Vaticano II fue, en los remolinos de la historia, un concilio-bisagra. Puso fin a la imagen de una Iglesia institucional y abrió la puerta a una evolución, que no hemos de minimizar ni exagerar. Era fácil prever que su traducción en la vida cotidiana de la Iglesia iba a crear problemas»<sup>44</sup>.

Su carta pastoral de Pentecostés de 1970 reconocía sin ambages la crisis de la Iglesia. «La crisis es patente, aunque las opiniones divergen en el diagnóstico que hemos de emitir sobre ella. ¿De dónde procede? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Adónde conduce?»<sup>45</sup>. En este texto presenta la imagen de la Iglesia como un navío que está realizando importantes reajustes no en dique seco sino en plena y turbulenta mar, es decir, en el seno de una historia humana procelosa que conoce mutaciones a un ritmo alucinante. Entre los elementos nuevos, intramuros de la Iglesia, destaca que «el despertar del sentido de corresponsabilidad» entre los cristianos significa un salir de la situación de letargo, de pasividad, de

---

<sup>43</sup> L.J. card. Suenens, *cit.*, 161.

<sup>44</sup> *Ibid.*, 162.

<sup>45</sup> *Ibid.*, 162-165.

inmovilismo, de un cristianismo inconsciente, más sociológico que personal. Rechaza, en consecuencia, las acusaciones contra el Vaticano II y aquellas acusaciones que le imputan haber provocado «un deshielo torrencial». Hay que examinar cómo se pueda impedir la formación de bancos de hielo en el futuro. A la hora de indicar los reajustes exigidos por la renovación en todos los aspectos de la vida de la Iglesia invoca el principio de que «todo está en todo». En consecuencia, si se desea promover el ejercicio de la colegialidad en la autoridad suprema de la Iglesia, hay que revisar al mismo tiempo el perfil del obispo en la Iglesia local o del sacerdote en el corazón de las comunidades cristianas. Todo se condiciona mutuamente, de modo que el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial, la creación de diáconos permanentes y las nuevas responsabilidades atribuidas a los laicos obligan a repensar nuestros esquemas clásicos relativos al pluralismo de las funciones eclesiales.

Suenens está convencido de que una visión de Iglesia inserta en el corazón de la historia, y no como realidad abstracta, inmutable e intemporal, sólo puede traernos ganancias: «ya hemos sufrido demasiado con una visión estática de la Iglesia definida en términos de sociedad jurídicamente perfecta»<sup>46</sup>. Esta renovación, delicada de llevar a cabo, exige una profunda conversión. La profundidad misma del Espíritu Santo requiere tiempo y paciencia. El debe ayudar a discernir el oro puro del Evangelio, lo que sigue siendo esencial y lo que es secundario o caduco. Invoca, en este contexto, el principio de la «jerarquía de verdades» propuesto por el Concilio en el documento sobre el ecumenismo. Estamos, en su opinión, «ante un texto del que no se ha sacado aún toda su riqueza latente». «Todo lo que ha sido revelado es verdad, pero no todo es igualmente central. Precioso principio para todo diálogo ecuménico». Vamos a seguir, finalmente, las expectativas, las palabras y las acciones ecuménicas llevadas a cabo por el cardenal Suenens durante los años posconciliares.

---

<sup>46</sup> Ibid., 165.

#### IV. «LUZ DE ESPERANZA» ECUMÉNICA EN EL TIEMPO POSCONCILIAR

Las esperanzas ecuménicas del cardenal de Malinas encuentran un fundamento remoto en su época romana de estudios, entre 1922-1924. Tiene que ver con el redescubrimiento del lugar y el papel del Espíritu Santo en el corazón de la vida eclesial, una convicción y un entusiasmo que le han sido contagiados por el fundador del ecumenismo monástico de Chevotogne, Lambert Beauduin<sup>47</sup>. El joven Suenens escuchaba con avidez sus explicaciones sobre los Padres griegos, sobre la teología trinitaria, sobre el Espíritu Santo. Este trasfondo teológico y psicológico le influirán a la hora de elegir, al ser nombrado obispo en 1945, la divisa *in Spiritu Sancto*<sup>48</sup>. En esta misma línea ha vivido directamente el influjo del cardenal Mercier que abrió el diálogo ecuménico con la Iglesia anglicana. En el transcurso de las Conversaciones de Malinas, el cardenal Mercier dio lectura a la obra de L. Beauduin, *L'Église anglicane unie, non absorbée*, que le costara a su autor el exilio por parte de sus propios superiores cuando las perspectivas ecuménicas aún no estaban maduras. Por aquí enlazamos con la actividad ecuménica del cardenal Suenens en ese período de «servicio activo» (1965-1980).

##### *A) De las Conversaciones de Malinas y otros encuentros ecuménicos*

Suenens reconoce que el hecho de haber sucedido al cardenal Mercier en la sede de Malinas le abrió numerosas puertas en Gran Bretaña y en los Estados Unidos. Su predecesor fue «el que –tras cuatro siglos de silencio– abrió el diálogo ecuménico con la Iglesia anglicana»<sup>49</sup>. En sus *Recuerdos* reproduce el borrador de una carta dirigida al Papa Pío XI hallada en los archivos: «En verdad, Santísimo Padre, Roma no tiene nada que perder en ello, porque si fracasan nuestros

---

<sup>47</sup> L. Bouyer, *Un precursor del ecumenismo: Dom Lambert Beauduin* (Madrid 1966).

<sup>48</sup> L.J. card. Suenens, *cit.*, 34-35.

<sup>49</sup> *Ibid.*, 25.

trabajos, la humillación que se produzca será sólo para el arzobispo de Malinas. Si, gracias al soplo del Espíritu Santo, surge una luz de esperanza, estoy siempre dispuesto a desprenderme de mi iniciativa y a transferir los intercambios de puntos de vista a Roma u otro lugar»<sup>50</sup>. El cardenal Mercier murió el 26 de enero de 1926. Con ocasión del cuadragésimo aniversario de las cinco Conversaciones de Malinas, Suenens pudo reavivar aquella «luz de esperanza», reabriendo las páginas escritas por su antecesor en una sexta conversación. El la ha situado expresamente en el impulso inicial: «El Espíritu Santo tiene el espíritu de continuidad, aunque nos pide que esperemos su hora, sin por ello permanecer inactivos». Ante la pregunta de un periodista, «¿fueron un fracaso las Conversaciones de Malinas?», Suenens las compara con un río subterráneo que, con el Concilio, toma la dirección del mar. Uno de los momentos cumbre fue el servicio religioso ecuménico celebrado en la catedral de Saint-Rombaut.

Los *Recuerdos* de Suenens registran hasta tres encuentros ecuménicos con Mons. A. Bloom, exarca del patriarca de Moscú para Occidente, entre 1966 y 1968. Sus conversaciones, que han servido para recorrer los puntos nucleares de divergencia —la sucesión del primado, la cuestión del *filio-que*—, destilan «la terrible ambigüedad del ecumenismo: se espera que los católicos se “protestanticen” o se “ortodoxicen”, pero nadie parece abierto —o no lo suficiente— al trabajo del Espíritu, que quiere iluminar, en ellos, los elementos complementarios que constituyen otros tantos valores eclesiales»<sup>51</sup>. El tercer encuentro con Mons. Bloom tuvo lugar en Bruselas en el marco de una conferencia a tres bandas sobre el tema: «La Iglesia de Pedro, la Iglesia de Juan, la Iglesia de Pablo». Junto a Suenens y el exarca Bloom se sentaba el pastor W. Visser't Hooft, presidente honorífico del Consejo Ecuménico de las Iglesias. La Iglesia católica parece sobre todo la hija de Pedro, mientras que la Reforma pone el acento en las ideas de Pablo y las Iglesias ortodoxas buscan antes que nada la espiritualidad mística de Juan. Los tres conferenciantes expresaron estas formas de acercamiento: el cardenal Suenens reconocía haber recibido del protestan-

---

<sup>50</sup> Ibid., 27.

<sup>51</sup> Ibid., 175.

tismo el sentido de la comunidad fraternal y de la ortodoxia la identificación entre teología y espiritualidad; Visser't Hooft admiraba la fidelidad y alegría pascual de la Iglesia ortodoxa, y en la Iglesia católica el sentido de unidad visible; a Bloom le gustaba de la Reforma su visión del dominio soberano de Dios, y de la Iglesia católica su audacia doctrinal.

Gran parte de la actividad ecuménica de Suenens ha transcurrido en el ámbito angloparlante, de manera especial, en los Estados Unidos. Todo empezó –cuenta nuestro cardenal– el último día del Concilio, cuando un grupo de observadores protestantes le invitaron a comer. Le hablaron de su experiencia ecuménica en el Concilio Vaticano II y le pidieron que fuera a los Estados Unidos a hablar del Concilio en las Iglesias luteranas, episcopalianas, pentecostales... Así comenzó una larga historia que duró dos decenios. De modo que, con este motivo, estuvo viajando dos veces al año a los Estados Unidos. El primer encuentro tuvo lugar en la Universidad metodista de Emory en Atlanta. Allí le fue conferido el doctorado *Honoris causa*. Suenens habló sobre el diálogo ecuménico. El representante de la Iglesia metodista en el Concilio, Corson, declaró que el metodismo es la confesión protestante más cercana a Roma.

En mayo de 1967 se encontraba en Londres invitado por el arzobispo Ramsey de Canterbury. Era la primera vez, después de la Reforma, que aquel palacio recibía a un cardenal; el último ocupante católico había sido el cardenal Pole en el siglo XVI. A lo largo de su conversación, Suenens sacaba estas conclusiones respecto de los dogmas marianos (Inmaculada Concepción y Asunción): Ramsey estaba dispuesto a aceptarlos como opiniones teológicas, no como dogmas. Y siguieron otros muchos encuentros en Toronto, Berkeley, etc. Durante estos años intervino en la publicación y edición de seis documentos relativos a las *Conversaciones de Malinas*<sup>52</sup>.

---

<sup>52</sup> Ibid., 280-282.

## B) Corresponsabilidad y descentralización

En este período de trepidante actividad ecuménica, marcado profundamente por la experiencia posconciliar de crisis eclesial y el mayo de 1968, se sitúa la publicación de la obra *La corresponsabilidad en la Iglesia de hoy*. Suenens justifica su oportunidad en estos términos: «Una vez acabado el Concilio, me pareció útil poner de manifiesto la lógica que rige la corresponsabilidad y la descentralización en la Iglesia. Y es que es ahí donde se juega el futuro del ecumenismo: es impensable que las Iglesias no romanas acepten la uniformidad»<sup>53</sup>. Cabe decir, por lo demás, que este libro viene a «contrapesar las influencias que se desarrollan en un sentido anticonciliar». Este estudio provocó más de una polvareda. En una audiencia de marzo de 1968, Pablo VI le ha expresado este temor: que se abuse de la insistencia en la colegialidad para «democratizar» la Iglesia. Suenens, por su parte, alega que cuando se subraya el principio de la corresponsabilidad, uno se expone a ser malinterpretado en ese sentido<sup>54</sup>. A lo largo de aquella audiencia también hablaron del problema moral del control de natalidad y del celibato opcional en la Iglesia latina. El cardenal de Malinas abogó por el diálogo colegial en estas materias como cuestión previa: «Lo que constituye, a mi modo de ver, el origen del malestar no es el problema como tal, sino el hecho de que Su Santidad se haya reservado para sí la solución, sea cual fuere ésta, sustrayéndola así al estudio y al examen colegial de los obispos»<sup>55</sup>. Estos sucesos hablan de un enfriamiento temporal en las relaciones entre Suenens y Montini. Pablo VI se sintió herido por las críticas dirigidas contra el papado. A partir de 1972 las relaciones volvieron a ser cordiales<sup>56</sup>.

Suenens considera que su libro sobre la corresponsabilidad es un fruto del Vaticano II. Frente a los temores de Pablo VI, el cardenal Villot, secretario de Estado, hacía esta valoración en carta del 26 de junio de 1968: «Es un libro extremada-

---

<sup>53</sup> Ibid., 215.

<sup>54</sup> Ibid., 197.

<sup>55</sup> Véase la carta dirigida a Pablo VI, con fecha de 19-III-1968, 198-201.

<sup>56</sup> P. Hebblethwaite, *Paul VI: The First Modern Pope* (Londres 1993) 532-535.

mente tónico y de una clarividencia que debe ayudarnos a avanzar en un momento en que la aprehensión de ciertos peligros corre el riesgo de paralizar el trabajo de renovación». Suenens resumió lo esencial del libro en un artículo de divulgación que levantó una tempestad. Las *Informations catholiques internationales* publicaron el 15 de mayo de 1969 una entrevista hecha al cardenal Suenens que lleva por título «La unidad de la Iglesia en la lógica del Vaticano II». El núcleo de su planteamiento afecta a la relación del papa con el cuerpo episcopal:

«Tanto por razón ecuménica, como por razón teológica, es preciso evitar toda presentación del papel del papa que aisle a éste del colegio de los obispos, cuya cabeza es. Cuando se subraya que el papa tiene derecho a actuar y a hablar *solo*, la palabra *solo* no quiere decir nunca 'de modo separado' o 'de modo aislado'. Incluso cuando el Papa actúa sin colaboración formal del cuerpo episcopal -como tiene jurídicamente derecho a hacerlo-, actúa siempre como su cabeza»<sup>57</sup>.

Toma como punto de apoyo las explicaciones de Mons. Philips, redactor de *Lumen gentium*: no se ha de establecer nunca una comparación entre el papa y los otros obispos, sino que la relación se establece entre el papa y el colegio episcopal en el que siempre está incluido. Ahí quedan implicadas las relaciones entre Iglesia universal e Iglesias particulares. La entrevista recibió todo tipo de comentarios, de aprobación y reserva<sup>58</sup>. Tres cardenales franceses de la Curia mostraron su desaprobación; uno de ellos exigía una retracción. Suenens incorpora al texto de sus «memorias» el comentario hecho por Jules Jacques dando por buena la interpretación que el arzobispo de Turín, el cardenal Pellegrino, hiciera del objetivo y el «punto esencial» de la famosa entrevista: «la constatación de que el principio de la colegialidad proclamado por el Concilio no hubiera encontrado aún aplicaciones concretas y precisas, capaces de

---

<sup>57</sup> L.J. card. Suenens, *cit.*, 217.

<sup>58</sup> El resultado de estas intervenciones constituye un verdadero dossier; véase: J. Broucker, *El Cardenal Suenens y la aceleración de las reformas en la Iglesia*, Desclée de Brouwer (Bilbao 1970). Puede verse el comentario de T. Zamarriego, «Las declaraciones del Cardenal Suenens»: *Razón y Fe* 180 (1969) 28-34.

influir de manera efectiva en la vida de la Iglesia.<sup>59</sup> Esta cuestión candente fue precisamente el tema del sínodo de 1969: la colegialidad y las relaciones entre el centro y la periferia. En su intervención Suenens volvió a insistir en una adecuada comprensión de la colegialidad, pues si el *sub Petro* eclipsa al *cum Petro*, entonces se corre el peligro de negar prácticamente la colegialidad. De fondo, decía, se confrontan una tendencia monárquica y una tendencia colegial, dos teologías de la Iglesia, diferentes mentalidades y de sensibilidad ante este signo de los tiempos que es la participación en la elaboración de decisiones. Este ejercicio de la corresponsabilidad constituye, a su juicio, la condición *sine quan non* en el buen ejercicio de la autoridad<sup>60</sup>.

Aquella controvertida entrevista no pasó desapercibida en los ambientes ecuménicos. Así, von Allmen, el teólogo calvinista suizo y autor del libro sobre *La primauté de l'Église de Pierre et de Paul*, la había recibido como una gran esperanza de reconciliación. Del mismo tono fue la reacción de J. Brauer, decano de la Facultad de Teología protestante en Chicago y antiguo observador en el Concilio. En definitiva, el debate sobre la colegialidad en el Concilio había planteado cuestiones y reflexiones no sobre el primado, que nadie ponía en duda, sino sobre el modo de ejercerlo. Las dimensiones ecuménicas del problema son evidentes. En las fechas previas al Sínodo de 1971, que iba a ser dedicado a los problemas del clero, Suenens concedió una entrevista al periódico *Le Monde*, el 12 de mayo de 1970. Para entonces la Iglesia de Holanda había solicitado el acceso de hombres casados al sacerdocio. Rebrotaba, pues, la cuestión del celibato sacerdotal. Ahí, invocando una vez más la lógica del Concilio, demandaba para el Sínodo el «derecho a la penúltima palabra», consciente de que la última pertenecía al papa. Ya en Roma, durante el Sínodo, sugirió que se dejara que las conferencias episcopales que lo desearan abrieran el acceso al sacerdocio a los hombres casados. Se trataba de una posibilidad de existencia de un nuevo clero –célibe o casado–, como el que ya existía en la Iglesia católica de rito oriental. Esta posibilidad no fue admitida en la votación final; una mayoría

---

<sup>59</sup> L.J. card. Suenens, *cit.*, 221.

<sup>60</sup> *Ibid.*, 225-226.

(107) se mostró en contra, frente a una minoría (87) favorable a ella bajo condiciones. Entretanto, la actividad ecuménica prosiguió en diversos frentes: en Lovaina, en el congreso «Fe y Constitución» (agosto de 1971), en Canadá, en Filadelfia, Oxford, Canterbury, etc.

### *C) Visión retrospectiva y prospectiva del Concilio Vaticano II*

L. J. Cardenal Suenens presentó su dimisión al papa Juan Pablo II el 14 de julio de 1979, renuncia que se hizo efectiva el 4 de enero de 1980. Había llegado la hora del retiro, al límite de edad de los 75 años. Con ello era coherente consigo mismo, pues él había sido en buena parte el responsable de esta innovación pastoral. Cesaba así su servicio pastoral en este triple frente: la Iglesia belga, el servicio que engendró el Concilio, el ecumenismo en países de habla inglesa<sup>61</sup>. No vamos a seguir la estela de los encuentros ecuménicos de Suenens en ese período de «retiro activo» que transcurre entre 1980 y 1990. Cerraremos este extracto de los *Recuerdos y esperanzas* de Suenens recurriendo a su visión del Concilio Vaticano con la perspectiva de veinte años. La dirección de *L'Osservatore Romano* le pidió un artículo sobre esta temática en calidad de único superviviente de los cuatro moderadores del Concilio. El texto fue publicado el 16 de noviembre de 1982. Suenens contempla el Vaticano II con una mirada retrospectiva y prospectiva<sup>62</sup>.

En la primera dirección evoca los contenidos fundamentales de la constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*. Su capítulo primero, «el misterio de la Iglesia», es una proclamación de fe que responde directamente a la cuestión planteada por el Concilio: «Iglesia, ¿qué dices de ti misma?». La Iglesia quedaba situada en el corazón del misterio trinitario mismo. Suenens lamenta que ese título haya pasado bastante desapercibido, incluso para los creyentes. Pero la cuestión de fondo es la de la naturaleza misma de la

---

<sup>61</sup> Ibid., 337. Sobre su intervención en el límite de edad de los obispos, cf. 152.

<sup>62</sup> Ibid., 353-357.

Iglesia: ¿de qué se habla cuando pronunciamos la palabra «Iglesia»? Nos quedamos en la superficie si seguimos prisioneros de la consideración de la Iglesia-institución, con sus engranajes jurídicos. A su juicio, está por hacer un inmenso esfuerzo catequético en estas tres líneas: ayudar a los cristianos a redescubrir el verdadero rostro de la Iglesia, «Cristo que vive en su cuerpo místico»; reconocer con fe viva y vital lo que confesamos en el Credo, la «Iglesia una, santa, católica y apostólica»; tomar conciencia de que no hay dos Iglesias, una «institucional» y otra «carismática», sino una en la doble dimensión de «visible» e «invisible».

Si el capítulo primero de *Lumen gentium* ha podido pasar desapercibido, no ha ocurrido lo mismo con el segundo, sobre «el pueblo de Dios», que ha sido repetido hasta la saciedad. No han faltado equívocos y ambigüedades. Con excesiva frecuencia la expresión «pueblo de Dios» se ha interpretado como si significara «laicado». Tampoco se trata del «pueblo» contra el «gobierno». Para desterrar una interpretación «democrática» que no corresponde a su contenido, Suenens precisa el sentido del capítulo: «se habla aquí del pueblo de Dios considerado desde el ángulo de la vocación común a todos los bautizados, papa y obispos incluidos». Tiene, por tanto, el carácter de estudio previo al análisis ulterior de las diversas vocaciones: laicos, religiosos, clérigos. El capítulo sobre el laicado es el cuarto, no el segundo.

El capítulo tercero está dedicado a la jerarquía de la Iglesia y, en particular, al episcopado. Ahí el Concilio ha subrayado el papel de las Iglesias particulares. Este tema sigue siendo objeto de investigaciones y de discusiones ecuménicas. Suenens invita a examinar este aspecto: hasta qué punto se ha comprendido y asimilado que las Iglesias particulares revelan el misterio de la única Iglesia de Cristo, siendo su encarnación concreta, histórica y espacial.

Parafraseando la conocida definición de Bossuet, «la Iglesia es Jesucristo comunicado en el Espíritu Santo», reconoce que la Iglesia ha de combatir hasta el final de los tiempos contra las fuerzas del maligno. Al examinar la realidad del mundo descubrimos que su progreso está lleno de profundas oscuridades, trágicas, suicidas, apocalípticas. La constitución pastoral, *Gaudium et spes*, la más «optimista» de las constituciones, se hace eco de esta pugna contra el poder de

las tinieblas. Este combate espiritual es un combate real que recorre la historia humana. Suenens denuncia una especie de *vacuum* en la enseñanza de la Iglesia en orden a salir de una cierta noche oscura de la esperanza.

La mirada prospectiva del cardenal se orienta, en primer término, al ecumenismo y hacia la unidad visible de los cristianos. Confiesa que el impluso ecuménico del Vaticano II le ha servido para redescubrir riquezas que las dos rupturas principales –el cisma del siglo XI y la Reforma del siglo XVI– nos habían hecho perder de vista como Iglesia católica latina. Cifra el *aggiornamento* en la recuperación por parte de la Iglesia occidental de valores que la Iglesia oriental ha conservado. Llega a postular que si la corriente de vida cristiana y de pensamiento «oriental» se hubiera podido desarrollar en la Iglesia católica latina, quizás no se hubiera dado la reacción de la Reforma. Entre estos valores o riquezas recuperados señala «las insistencias del Concilio en la noción de Iglesia como pueblo de Dios, en la colegialidad de los obispos y de las Iglesias locales», «en la puesta de relieve de la epiclesis, en la liturgia en lengua vernácula, en la concelebración, en la comunión bajo las dos especies, en el diaconado permanente, etc.». Estas aportaciones están repletas de futuro. Deberán presidir la evolución de las Iglesias de Africa o Asia, que han de expresarse en su estilo propio. Asumiendo el deseo oracional de Juan XXIII, que invocaba al Espíritu Santo para un «nuevo Pentecostés», Suenens suscribe para el Vaticano II aquellas palabras de Máximos IV, patriarca de la Iglesia griega melquita: «Hay puertas que el Espíritu Santo ha abierto y que nadie podrá cerrar ya».

## V. LA LÓGICA DE LA CORRESPONSABILIDAD

No se puede pedir a un entramado de recuerdos el desarrollo lógico de una obra concebida sistemáticamente. Sin embargo, a través de ese mosaico de sucesos, vivencias, escenas, personajes y episodios que entretejen una vida, se puede reconstruir la semblanza y personalidad del hombre que los ha hecho desfilar por su memoria. Clarividencia, tenacidad y diálogo son los rasgos fundamentales que emergen de los *Recuerdos y esperanzas* del cardenal Suenens.

Clarividencia en el plan trazado para el Concilio Vaticano II de modo que se centrara, con el consentimiento de Juan XXIII, en la Iglesia *ad extra* y *ad intra* y fuera a la postre «el Concilio de la Iglesia sobre la Iglesia». Tenacidad para llevar a cabo este plan, contra viento y marea, tal y como se pone de manifiesto en su trabajo de moderador. Diálogo con especial incidencia en el empeño ecuménico de la Iglesia católica. Y a partir del texto escrito, más allá de las anécdotas, bien puede decirse que late un impulso profundo que da coherencia al conjunto. ¿Cuál es la lógica de fondo que recorre este hilvanado de recuerdos? ¿Qué es lo que les hace más persistentes al paso del tiempo? El sustrato teórico de toda esta actividad encuentra su denominador común en el lema de la corresponsabilidad. Está a la base de la opción entre las dos tendencias conciliares (tendencia centralista y tendencia colegial). Su puesta en práctica ha sido presentada como la vía de salida a la crisis que afecta a la Iglesia posconciliar. Es, por lo demás, la cuestión que, a la búsqueda de equilibrio entre primado y episcopado, entre el Concilio Vaticano I y el Vaticano II, se ventilaba en las cinco cuestiones cruciales; es, finalmente, el soporte de toda la actividad ecuménica. La idea de la corresponsabilidad ocupa el centro de las reflexiones posconciliares más elaboradas del cardenal Suenens. Podemos concluir que esta tarea de avanzar en la corresponsabilidad fue y sigue siendo su mejor legado. «La corresponsabilidad no es una cuestión de “reparto del poder”, sino de comunión abierta y leal»<sup>63</sup>.

Prof. Dr. SANTIAGO MADRIGAL TERRAZAS  
*Universidad Pontificia de Comillas*  
(Madrid)

---

<sup>63</sup> Ibid., 84.

